

# ¿QUIÉN ES RAÚL CASTRO?

## Nostálgico del comunismo, desconfiado de los intelectuales

*Alcíbiades Hidalgo*

[Ex jefe de Despacho de Raúl Castro y ex diplomático]

El hombre que ejerce hoy el poder en Cuba, y con el cual trabajé directamente por más de una década como jefe de su despacho político, es mal conocido fuera de la Isla, pero también una incógnita para la mayor parte del pueblo cubano, pese a su decisiva participación en la larga aventura de la Revolución Cubana, de la que es parte imprescindible. Su vida ha transcurrido paralela y a la sombra de su muy famoso hermano, al que ahora reemplaza, todavía de manera provisional.

Durante 47 años, Raúl Castro ha sido el ministro, organizador y jefe de la más poderosa institución del país, las Fuerzas Armadas, además de sus otras posiciones determinantes en la cúpula del poder. Ese largo trayecto puede comprenderse mejor si se tiene en cuenta que Neil Hosler McElroy, secretario de Defensa en la Administración de Dwight Eisenhower en el mismo año que Raúl Castro asumió su cargo, falleció hace ya 30 años.

Cinco años menor que su hermano Fidel, compartieron en la infancia y adolescencia el inusual mundo rural de la familia Castro Ruz y los largos extrañamientos en lejanos colegios religiosos adonde los enviara su padre, el terrateniente gallego Ángel Castro Argüéz.

A diferencia de Fidel, doctorado en leyes en la Universidad de La Habana, no concluyó estudios universitarios. Mientras su hermano se convertía en figura conocida en las bandas gangsteriles que dominaron la agitada política universitaria a mediados del siglo xx, Raúl escogió una temprana afiliación comunista que lo llevó en 1953 a Austria y a países de la Europa del Este, en uno de sus escasos viajes fuera de Cuba.

Tras el triunfo de 1959, tuvo un papel central, junto al Che Guevara, en la derivación hacia las ideas del comunismo de la joven Revolución. Reconocido, luego, por los dirigentes soviéticos como un hombre clave en las relaciones con Cuba y su difícil líder mercurial, fue protagonista de momentos cruciales de aquellas relaciones. Su encuentro en Moscú, por instrucciones de Fidel, con Nikita Jruschov ultimó los detalles del acuerdo para la instalación de cohetes con ojivas nucleares en Cuba que llevaría a la Crisis de Octubre en 1962.

Durante los largos años en que, junto a su hermano, ha impuesto su poder sobre el resto de los cubanos, el menor de los Castro ha intentado contener dentro de cánones institucionales el desbordado individualismo del Máximo Líder. Impulsó, bajo exigencias soviéticas, la llamada institucionalización del país,

adoptada en 1975. Bajo su supervisión directa se inició, finalmente, tras diecisiete años de Gobierno revolucionario, una organización del Estado y el Partido según moldes socialistas.

Como ministro de las FAR respaldó activamente la participación de tropas cubanas en las guerras de Angola y Etiopía, decididas, claro está, por Fidel. Fue también factor esencial en el regreso a Cuba de esas fuerzas, que llegaron a sumar cerca de 60.000 hombres, solamente en Angola.

En casi cinco décadas, ha enfrentado múltiples contendientes por la preferencia de Fidel, con quien mantiene una contradictoria relación de subordinación total y apoyo imprescindible, nublada por la indiferencia del hermano mayor. Su poder sobre las instituciones militares se hizo absoluto en 1989, tras el *affaire* por acusaciones de narcotráfico contra el general Arnaldo Ochoa y los gemelos La Guardia que terminaría ante un pelotón de fusilamiento. Sus hombres de mayor confianza, integrantes de la poderosa Contra Inteligencia Militar, encabezaron la virtual absorción del Ministerio del Interior, considerado hasta entonces por las Fuerzas Armadas como un peligroso rival potencial.

Pragmático en temas económicos, adicto a los informes de los servicios secretos y a voluminosos expedientes sobre el resto de los dirigentes, desconfiado, como su hermano, de la cultura y los intelectuales, amante de sus cuatro hijos y siete nietos, despiadado en las decisiones en que se pone en juego la supervivencia del régimen, nostálgico del comunismo soviético, inexperto en relaciones internacionales, aficionado impenitente al vodka y el dominó, y temido sin excepción entre la clase dirigente, el ministro, como se le llama respetuosamente en esos círculos, no es hombre que pueda describirse de una sola pieza.

Ahora, y todavía en la misma oficina donde nos encontramos hace veinticinco años —en la que suele pasearse alrededor de un monumental globo terráqueo semejante al que adornaba los despachos de los mariscales de la URSS— protagoniza el primer episodio de la obra más difícil de su vida: intentar prolongar el castrismo sin Fidel. Le deseo, de todo corazón, que no lo logre.

URL: [http://www.cubaencuentro.com/es/encuentro\\_en\\_la\\_red/cuba/cuba-hacia-donde-y-como/nostalgico\\_del\\_comunismo\\_desconfiado\\_de\\_los\\_intelectuales](http://www.cubaencuentro.com/es/encuentro_en_la_red/cuba/cuba-hacia-donde-y-como/nostalgico_del_comunismo_desconfiado_de_los_intelectuales)

---

## Un posible Den Xiaoping

*Domingo Amuchástegui*

[Profesor de Estudios Sociales para el condado de Miami-Dade e investigador asociado del Instituto de Estudios Cubanos y Cubano-Americanos de la Universidad de Miami]

Raúl Castro será el líder cubano que podrá levantar el veto a la política de reformas e iniciar los cambios necesarios dirigidos a transformar, ante todo, la economía cubana, orientándola hacia una economía socialista de mercado, en la que los principios capitalistas de organización administrativa y operatividad financiera se convertirían en la norma dominante en Cuba. De esta manera, «el otro bloqueo» impuesto en la dinámica económica y social del país por Fidel Castro cuando,

después de la discusión de la nueva ley de inversiones en septiembre de 1995, anunció que «no se necesitaban más reformas ni cambios», pasaría a mejor vida.

Debemos recordar que dos años más tarde, en 1997, después de que concluyera el V Congreso del Partido Comunista de Cuba (PCC) con la adopción de un programa económico de rescate y expansión del ritmo de las reformas, Fidel Castro se convirtió en el primer y único oponente a tal programa (conocido como Perfeccionamiento Empresarial), un conjunto de ideas y acciones que su hermano Raúl había estado promoviendo acertadamente luego del creciente deterioro de las relaciones con la Unión Soviética a partir de 1979. Tal como un alto oficial admitió a una analista francesa (Janette Habel; «*Cuba entre pressions externes et blocages internes*»; en *Le Monde Diplomatique*, juin, 2004), «Todo el mundo quiere cambios, excepto Fidel».

Y esta línea de trabajo, inspirada y representada por Raúl, no es un secreto ni una tendencia oculta dentro de la estructura del poder y la clase política cubana, tanto de la civil como de la militar, además de tener un eco considerable entre vastas secciones de la población, lo que le asegura un amplio reconocimiento y apoyo de este último al nuevo líder. Fidel no ignora esas circunstancias y está muy al tanto de las expectativas que rodean su sustitución «provisional».

Su papel al frente de la Revolución Cubana desde el primer día, su carisma excepcional y sus dotes de brillante orador, junto a otros significativos atributos como líder, han convertido a Fidel Castro en lo que ha sido y lo que aún es. Al mismo tiempo, su brillo ha dejado en un segundo plano el papel de su hermano Raúl hasta el día de hoy, cuando tanta gente está todavía tratando de adivinar quién es él realmente y cuál es el papel que pudiera jugar ahora.

Estas líneas no tienen la intención de ser una biografía (para ese propósito deberá consultarse el controvertido libro *After Fidel. The Inside Story of Castro's Regime and Cuba's Next Leader*, de Brian Latell), sino brindar una perspectiva diferente del papel político jugado por Raúl Castro dentro de la Revolución Cubana y de su potencial como una alternativa de cambio dentro de la situación actual.

- Es un excelente jefe guerrillero y organizador, algo que ha sido ampliamente reconocido aun por algunos de sus peores enemigos.
- Al no tener los mismos rasgos de la personalidad de su hermano, Raúl sobresale en el trabajo en equipo y no como caudillo. Es un organizador brillante y sistemático, a quien le gusta ser asesorado por los más entendidos y que sabe escuchar los puntos de vista de los demás. Es consistente, realista y pragmático.
- Cuando analizamos algunas de las más sólidas e influyentes instituciones de la sociedad cubana, tales como las FAR (Fuerzas Armadas Revolucionarias), el PCC y el cuerpo parlamentario conocido como Poder Popular, debemos recordar que fueron iniciativas claves que provenían del propio Raúl, fomentadas, apoyadas y protegidas por él hasta el día de hoy. Y la mayoría del pueblo está al tanto de esto.
- Él ha sido durante décadas el «padrino» de la mayoría de los líderes de la UJC que fueron promovidos a posiciones altas dentro del Gobierno. Ha sido un consistente defensor de los líderes jóvenes y muchos de ellos se sienten muy ligados a él, tanto militares como civiles.

- Ha sido y continúa siendo un ardiente y abierto impulsor de la promoción de ciudadanos negros a la posición de líderes en todos los campos de la sociedad. Y la promoción de jóvenes generaciones y de ciudadanos negros es extremadamente importante en un país donde dos tercios de la población son jóvenes y negros.
- Ha sido el arquitecto de intentos y esfuerzos recurrentes en el campo de las reformas económicas y los cambios sociales.

Este breve sumario debe servir para demostrar, por encima de cualquier duda, el hecho de que Raúl no ha jugado un papel secundario, sino que ha sido un dirigente de primera clase en igualdad de condiciones con su hermano, aunque cada uno tenga características diferentes.

Se ha comentado mucho acerca de su falta de participación en los asuntos internacionales de la nación. Craso error: ni uno solo de los asuntos relacionados con la política exterior cubana se escapa al dominio de Raúl.

Fue un negociador clave durante la crisis cubana de los misiles; estuvo implicado en cada acercamiento a Estados Unidos; controló muy de cerca las operaciones de la inteligencia desde 1960 y hoy aún más; jugó un papel importantísimo en Angola y Etiopía; fue uno de los negociadores claves para lograr los acuerdos con Sudáfrica; fue el anfitrión e interlocutor de cada uno de los almirantes y generales retirados del ejército estadounidense que han visitado Cuba; ha sido mentor, asesor y supervisor de todos los acercamientos habidos entre los Gobiernos de China y Cuba, además de ser reconocida su admiración por las experiencias chinas.

Aún más, durante la década de 1990 (hasta el fin de la Administración de Clinton), admitió en público varias veces que el peligro de una agresión de EE. UU. a Cuba se había reducido mucho y que ese país constituía cada vez menos una amenaza como nunca lo había sido antes en su historia, mientras hacía que la cooperación y la normalidad a lo largo de las fronteras de la Base Naval de Guantánamo (GITMO) prevalecieran, al igual que con la DEA (*Drug Enforcement Administration*, la agencia antidrogas norteamericana) y la guardia costera estadounidense, seguido todo esto de una cooperación cercana tanto con la Interpol como con un gran número de cuerpos de la policía del Caribe y Europa, en relación con el tráfico de drogas. Incluso antes del 11 de septiembre, animó a la Administración de Bush para que empezara las negociaciones con Cuba mientras Fidel estuviera vivo todavía.

Además de todo eso, durante el curso de los críticos acontecimientos de principios de los 90, sus palabras y acciones mostraron un grado considerable de autocrítica y contención frente a la tentación de usar los medios represivos. Cuando el descontento popular se manifestó en Cojimar y Regla (1993) y luego en las calles de La Habana en 1994, Raúl criticó el alto grado de violencia desplegado por las fuerzas del MININT en Cojimar, y convocó un encuentro donde estas cuestiones fueron discutidas y criticadas, lo que previno cualquier tipo de respuesta violenta en los sucesos de Regla a finales de 1993.

Cuando se discutía acerca de las manifestaciones en las calles de La Habana, es sabido que él subrayó que lo que hacía falta más que nada eran frijoles, y que

ni con armas ni con violencia se mantendrían las protestas bajo control. Pero el hecho aún menos conocido — y que ahora reviste mayor importancia— es el que subrayara que en vista de tales actos demostrativos del descontento y las protestas callejeras, él no iba a ser nunca el responsable «de haber sacado los tanques de guerra a las calles».

A diferencia del pasado reciente, Fidel Castro tendrá que enfrentarse con el hecho de que el tiempo que le queda va agotándose rápidamente, y de que su estilo de liderazgo y sus poderes de mando se van debilitando cada vez más. Lo más probable es que él apoye a su hermano con toda la capacidad e influencia que aún le quede. Si éste fuera el caso, las decisiones, el control y la influencia que ejercerá Raúl se verían reforzados. En la mayoría de los posibles escenarios imaginados hasta hace muy poco, se pensaba que la muerte de Fidel haría que Raúl tomara todo el control del poder, pero ahora cabría la posibilidad de que Raúl asuma ese papel con Fidel apoyándolo a lo largo del juego.

Bajo estas circunstancias, Raúl tendrá que moverse muy rápido por una razón apremiante: ya tiene 75 años. Sus antecedentes y credenciales apuntan a que avanzará aceleradamente, reformando completamente la estructura de poder actual de acuerdo a los lineamientos de su proyecto político de principios de los 90 (la redistribución completa de los cuatro aparatos de poder concentrados en las manos de Fidel, un efectivo liderazgo colectivo, una mayor participación de los jóvenes), complementado todo esto con el darle un papel más importante aún a las instituciones y a las reformas que se realizarán, de una manera similar a como lo hizo China, pero a la escala de la economía y la geopolítica cubanas.

Una comparación inevitable viene a la mente. Raúl Castro pudiera muy bien ser la figura provisional que condujera a la apertura y a los cambios dentro del sistema cubano, jugando un papel similar al de Den Xiaoping luego de que falleciera Mao Zedong. En cualquier caso, su contribución a la articulación y reestructuración de la nueva dirección que tomará el Gobierno será decisiva para la sociedad cubana.

URL: [http://www.cubaencuentro.com/es/encuentro\\_en\\_la\\_red/cuba/cuba-hacia-donde-y-como/nostalgico\\_del\\_comunismo\\_desconfiado\\_de\\_los\\_intelectuales](http://www.cubaencuentro.com/es/encuentro_en_la_red/cuba/cuba-hacia-donde-y-como/nostalgico_del_comunismo_desconfiado_de_los_intelectuales)

---

## El delfín castrista o el fin del castrismo

---

*Juan F. Benemelis*

[Escritor y politólogo, Miami]

¿Por qué no funcionó en Cuba, tras la debacle del comunismo, el efecto dominó? A diferencia de los países del ex bloque soviético, en Cuba no funcionó el modelo político, económico y administrativo de los países comunistas, donde la legitimidad estaba dada por la ideología marxista, la supremacía del Partido Comunista y la existencia de una sólida institucionalización. En Cuba, tales factores existen de manera formal y no conceden autenticidad al régimen. Por eso, al desaparecer el bloque soviético y, con él, la legitimidad política e ideológica del marxismo, ello no afectó al poder central del país.

La legitimidad del régimen castrista dimana de una elite y, especialmente, de un caudillo cuyo verbo se considera una verdad superior al marxismo: por la aureola guerrillera y el desempeño militar. La dirección unipersonal impidió la consolidación de una nomenclatura, tan necesaria para la sucesión «raulista», y por consiguiente, en la Cuba actual, las individualidades son más poderosas que las instituciones, y la elite se configura a partir de tales lealtades y no desde plataformas políticas o filiaciones ideológicas.

Los estudiosos del sistema se han centrado en Fidel Castro y, ahora, en Raúl Castro, sin concederle peso a los estratos sociales contrarios a la concepción oficial, y a otros grupos dentro del entramado del poder. Estos falsos presupuestos, que no responden a la historia interna del castrismo y que contradicen la idiosincrasia política cubana y su tradición, asumen que el mecanismo de toma de decisiones en Cuba fue y será de corte piramidal, con una estructura lineal, disciplinada y mediocre, donde todos atienden sólo a las funciones de su cargo; que las instituciones fundamentales, ejército y aparato represivo, son y serán entelequias monolíticas pro-raulistas en términos políticos y de lealtades y que, por tanto, fuera de Raúl no se vislumbran instituciones, grupos o personajes capaces de retar al poder.

Pero resulta innegable que Fidel Castro tuvo que aplastar constantemente los brotes y balbuceos contrarios a su política, tanto de los cuadros oficiales favorables a una reforma, como de los opositores y disidentes. El castrismo que hereda Raúl jamás fue un bloque monolítico ausente de pugnas intestinas, de corrientes políticas diversas, de conflictos de grupos de intereses que iban desde los reformistas socialdemócratas hasta los ortodoxos estalinistas.

Se estaba, y se está, ante una ecuación de patrono y clientela política dentro del Partido, del Estado, del ejército y de la economía, que en cada momento se hace sentir en la política interna y externa del castrismo, y se hará sentir con mayor intensidad en lo adelante. Las máximas figuras en la cumbre cubana siempre se han movido dentro de las instituciones, acompañados de su clientela, sus fieles y adeptos, al estilo de los patricios romanos. No hay que olvidar que las campañas africanas fueron también un mecanismo utilizado por Fidel Castro para desviar la presión interna de círculos que buscaban reformar el sistema. La incapacidad de aprehender esta dinámica grupal está llevando a algunos observadores a la imposibilidad de pronosticar la actual situación, en la cual muchas camarillas relacionadas con la cúpula de antaño pueden sobrevivir a la desaparición del Líder Máximo y transformarse en fuerzas políticas o económicas dentro de la actual transición.

En la práctica, la potestad real de dirección y de ejecución fue y se resume en la siguiente tríada: la coactiva, en manos del Ministerio del Interior; la legitimadora, en manos del Ministerio de las Fuerzas Armadas, y la ejecutiva, en manos de los siempre ignorados, pero poderosos, primeros secretarios del Partido Comunista en las provincias. Así, la estabilidad ha gravitado sobre las Fuerzas Armadas, integradas al sistema político, con un papel cardinal en el control y manejo de la sociedad. Todo lo demás ha sido y es superfluo para el estilo de dirección central, sea de Fidel o de Raúl. Sin embargo, no hay que olvidar que los primeros secretarios del PCC en provincias disponen de una autoridad absoluta,

feudal, en su base territorial, ejerciendo el mando directo de las empresas y de los servicios. Sus jurisdicciones trascienden lo político y reproducen a escala la manera en que Fidel Castro ha manejado la nación. Estos primeros secretarios quedan como piezas cardinales para cualquier esquema sucesorio.

Las Fuerzas Armadas garantizan el orden y la estabilidad de una sucesión, pero no pueden conceder legitimidad. El MINFAR no está subordinado al Partido; su generalato no es monolítico ni mayoritariamente pro-raulista en términos políticos o de lealtad. Los tres ejércitos en que se divide el país y sus unidades más importantes están en manos de veteranos de las guerras africanas que sirvieron bajo el general Arnaldo T. Ochoa. Lejos de lo que se piensa, el mecanismo de sucesión con un Fidel Castro sin facultades ejecutivas no facilita el que Raúl ocupe más fácilmente este vacío de poder al tener tiempo para ir consolidando su equipo y modelo. Para legitimar su ascenso, Raúl Castro necesita la unción de los Comandantes de la Revolución: Ramiro Valdés, Juan Almeida y Guillermo García.

La jerarquía de Raúl es sólo institucional: proviene de sus cargos como ministro de las FAR y segunda figura en el PCC. Si bien cuenta con el apoyo de viejos guerrilleros de la Sierra Cristal, su autoridad moral es débil y, por tanto, puede ser fácilmente retada. No goza de la magistratura de líder, como su hermano; no tiene el soporte popular del cual el Líder Máximo obtiene su ascendiente; no es, como éste, *primus* entre pares; su lugar en las filas revolucionarias proviene inicialmente de su relación familiar y es visto por muchos como un igual. Sus pocos lazos con los viejos fidelistas, jóvenes talibanes y generales «africanos», hacen que su imagen incolora resulte poco atractiva para la nueva generación tecnócrata que anhela una reforma profunda.

Las prerrogativas de Raúl disminuirán sensiblemente cuando Fidel desaparezca, pues no abarcará la totalidad del Estado y de la economía; tendrá que compartir el poder, como ya lo está haciendo, con Ramiro Valdés y con jóvenes «talibanes» no vinculados a su esfera tradicional. A pesar de la proclama y de la propaganda, el impulso hacia una dirección colectiva —que no es parte de la historia política del país, incluida la del castrismo— no es evidente. Aspirantes a heredar el poder vertical ya existen, están en vías de creación, e incluso podrían formarse nuevos actores.

En la percepción popular, e incluso dentro de la elite, la cara fea y represiva de estas cuatro décadas se asocia a Raúl Castro, a los generales Abelardo Colomé Ibarra y Carlos Fernández Gondín, y a Ramiro Valdés. El resto de los jefes militares es visto como profesionales no relacionados con la represión y sus agendas políticas tienden hacia una transición mucho más flexible, proclives a un desenlace democrático con participación de otras corrientes políticas.

La oposición proviene de los muchos enemigos en los estratos de la nomenclatura; de elementos nuevos; de anti-militares promovidos por Fidel a la dirección estatal; de los generales curtidos en las campañas africanas que ascendieron por sus actuaciones de guerra y no por escalafón burocrático otorgado por Raúl. Al otorgar espacio a Ramiro Valdés para evitar pugnas intestinas, el sucesor inicia su período realizando una concesión sustancial.



Algunos grupos o corrientes reformistas (Ramiro Valdés, Carlos Lage, Jaime Crombet, Ramírez Estenoz, Yadira García), quieren apostar «al seguro» y por eso se inclinan a una variante china, con el dominio político del Partido Comunista y un modelo económico pragmático, incluyendo, de ser posible, la relación comercial con Estados Unidos. Ello les permitiría conservar el carácter represivo de sus instituciones y suprimir cualquier oposición interna. A diferencia de los tecnócratas, la vieja guardia raulista (Machado Ventura, José R. Balaguer, Raúl Muñoz, Julio Casas, Enrique Luzón) teme, por razones históricas, incluso a las reformas chinas, y se opone diametralmente a un sistema democrático abierto que desvanecería su razón de ser en el poder.

Raúl Castro está obligado a lograr con rapidez mayor productividad y volúmenes de producción para resolver la crónica carestía en la canasta familiar. Es indudable que realizará cambios profundos en la dirección administrativa y empresarial, buscando elementos más calificados y que, a la vez, no le sean opuestos. Pero las medidas de reorganización empresarial en el MINFAR, trasplantadas al resto de la economía, no son en sí una reforma (al estilo del Nuevo Sistema Económico de Humberto Pérez, allá por la década del 70), ni aportarán producción con eficiencia; son sólo un perfeccionamiento del control administrativo y la introducción de la contabilidad empresarial, sin incluir una reforma de precios, vinculación del salario con la producción y contabilización de costos a precios del mercado mundial.

A diferencia de ello, el grueso de los gerentes cubanos de las recientes empresas mixtas y de otras orientadas al mercado internacional (integradas por ex miembros del MININT) aspira, paradójicamente, a mayor flexibilidad que sus colegas militares. Los nuevos tecnócratas y burócratas ministeriales y empresariales se inclinan hacia una reforma económica y una renovación política que no parece estar en los planes del sucesor.

Raúl Castro puede ofrecer sólo dos tipos de transición: 1] sucesión ortodoxa del castrismo, y 2] reforma «a la China», introduciendo una economía de mercado pero manteniendo una estructura política de corte autoritario. Por eso, en el plano exterior, enfrenta una inusitada disyuntiva entre abrazar a China o normalizar las relaciones con Estados Unidos, sin que se interprete internamente como una concesión. De ahí que la sucesión no se circunscribirá a un proceso de reforma económica; provocará una batalla política que, como elemento central, se debatirá entre una agenda de economía abierta y otra de economía planificada, y que deberá definir con quién se explotará el petróleo prospectivo en el Golfo de México, si con Estados Unidos o con China. Aquí las alianzas políticas tendrán más peso que el argumento de si la economía militar de las Fuerzas Armadas es un proceso más flexible y experimental que el resto de la economía nacional.

La débil historia democrática del país, la violencia política, la presencia de grupos en pugna dentro de la nomenclatura y del ejército, el caudillismo, la militarización de la sociedad, la cantidad de organizaciones internas de oposición y disidencia, el aislamiento del país con respecto a sus vecinos, el desconocimiento general sobre el retablo político interno, más allá de Fidel y Raúl Castro, y



la perspectiva de vastos yacimientos de petróleo y gas, son piezas esenciales que se hallan en el centro del tablero.

Para identificar las opciones, los intereses, la modalidad política y los problemas del poscastrismo, es necesario abandonar el análisis piramidal del contexto cubano y analizar desde un prisma de grupos a la cúpula del poder. Constituiría una garrafal miopía política el aceptar el supuesto «hecho consumado» del raulismo y soslayar la dinámica grupal en el contexto de la disidencia, del poder, en el propio ejército, en las provincias, amén del grave problema racial con su mayoría demográfica y el hecho regional-oriental ligado a ésta. Si la sucesión, e incluso la transición en Cuba, no tienen formas ni mecanismos para escapar a tal destino, entonces hay que considerar de qué manera es posible influir desde ahora en ese retablo del poder, en busca de una solución no traumática para el pueblo y afín a la ética política, la seguridad y los intereses de los países de la región.

---

## Castrismo, imagen y puesta en escena

---

*Elizabeth Burgos*

[Historiadora y ensayista, París]

Lo que comúnmente se llama «Revolución Cubana» es, ante todo, una eficiente maquinaria publicitaria que ha alcanzado la dimensión de una multinacional de difusión de imágenes, difícilmente equiparable con otras de su especie. Si se le otorgara el puesto que debería tener en la historia contemporánea, la Revolución Cubana debería ostentar el título de pionera en materia de política espectáculo. Es el primer intento político del siglo xx cuyo éxito es proporcional a la importancia rotunda alcanzada por la televisión en ese ámbito, pues ambos fenómenos son contemporáneos.

La habilidad de Fidel Castro consistió en haberse percatado del impacto de la transmisión de imágenes como arma de combate y haber puesto esa técnica al servicio de su proyecto. La mezcla del empleo de los medios más modernos de comunicación, y el anacronismo ideológico del imaginario castrista, han seducido a las multitudes.

Aunado a su destreza del manejo de la imagen, Fidel Castro posee el don de la puesta en escena. No existe, en su largo historial político, un solo episodio que no haya sido objeto de una minuciosa organización de un escenario previamente concebido.

En la actualidad se lleva a cabo ante los ojos del mundo la que tal vez sea la más espectacular: una suerte de ensayo general de la que sería la última escena en la que Fidel Castro aparece como actor principal antes de su desaparición real: su sucesión en el poder es la trama del libreto que se está desarrollando. No es la primera vez que desaparece de la escena pública y el rumor de su gravedad se disemina por el mundo, para luego reaparecer cual ave Fénix emergiendo de sus cenizas.

Circunstancias, seguramente graves, condujeron a la primera figura a darle visibilidad protagónica al sucesor, su hermano Raúl Castro; sin embargo, el documento que lo oficializa, tuvo el cuidado de estipular que se trata de una

medida provisoria. Toda la capacidad de maniobra de Fidel Castro y su pasión por el poder quedan expresados en ese documento, que no descarta la posibilidad de una mejoría y de su regreso a ocuparse de los asuntos del mundo.

Mientras, la puesta en escena sigue su curso: conjeturas y declaraciones oficiales se suceden y las redes internacionales del castrismo son convocadas a manifestarse y a enviar los clásicos mensajes de solidaridad y de denuncia del «imperialismo americano» firmados por premios Nobel, escritores célebres, o por profesionales de la solidaridad, lo cual permite hacer una demostración del apoyo internacional con que aún cuenta el castrismo y evaluar la posible reacción de la comunidad política internacional ante el cambio que se operaría con la salida de Fidel Castro del poder.

Por su parte, la opinión pública internacional centra su atención en una figura que hasta ahora había despertado poco interés: Raúl Castro. El antiguo analista de la CIA, Brian Latell, encargado de analizar los discursos de Fidel Castro desde el comienzo del poder castrista y que continúa haciéndolo tras su jubilación (ahora en el ámbito académico), es el único en haberse interesado por el personaje del hermano. En un interesante libro de publicación reciente, *After Fidel. The Inside Story of Castro's Regime and Cuba's Next Leader*, Latell afirma que Fidel Castro y Raúl Castro conforman una pareja absolutamente complementaria y que, sin la colaboración de Raúl Castro, Fidel Castro no hubiera permanecido tanto tiempo en el poder, ni hubiera podido desarrollar su vocación de liderazgo mundial.

Raúl ha sido el aliado indispensable, el forjador de la institución que es el pilar por excelencia del Estado: las Fuerzas Armadas. Talentos, estilos y gustos se complementan en uno y en otro. Y las debilidades de uno son compensadas por cualidades complementarias del otro. En donde Raúl falla —comunicación, planes estratégicos, manejo de las crisis—, Fidel es el maestro absoluto. En cambio, Fidel flaquea en sentido de organización y en gestión, campos en los cuales Raúl es el experto.

En el tándem que forman ambos hermanos, Fidel Castro sería la figura del director de teatro mientras que Raúl Castro sería el productor. De hecho, apunta Latell, Raúl demostró sus dotes de organizador militar desde la guerrilla, cuando en la Sierra Cristal, en el Segundo Frente, mostró un sentido de la organización excepcional e incluso logró controlar una zona mayor que la de su hermano. Allí elaboró un modelo de administración que le sirvió de base al alcanzar el poder.

En su *Diario de campaña*, Raúl Castro menciona que llegó a formar ese frente con cincuenta y tres hombres, y al cabo de nueve meses el grupo lo integraban unos mil hombres. Organizó un servicio de inteligencia, escuelas, hospitales y servicios administrativos que sirvieron de núcleo para el futuro Estado cubano impuesto por la Revolución. Se percibe en ese diario una obsesión por la administración, y es por ello que, gracias a su conducción, a su sentido de trabajo en equipo, la única y verdadera meritocracia en Cuba emerge de las Fuerzas Armadas.

Y si Fidel Castro aparece como el médium de los sueños de grandeza de una Isla que se mide con el mundo, Raúl Castro es el pragmático que brinda a esos sueños una estructura real.

Según Latell, los secretos de la historia de la Revolución Cubana serán visibles el día que se conozcan los entretelones de las relaciones entre los dos hermanos, que el analista americano compara a los muros de piedras superpuestas, perfectamente encajadas entre sí, de las construcciones incas que se ven en el Cuzco, Macchu Picchu y otras zonas de Perú.

En todo caso, se trata de una relación excepcional y tal vez única en el panorama histórico del poder latinoamericano, e incluso del mundo: el que un jefe de Estado le confie la organización y el mando de las Fuerzas Armadas, de por vida, a un hombre, porque sabe que jamás va conspirar en su contra ni intentará tomar el poder. Fidel Castro ha podido gobernar libre de la angustia de la traición en su estamento más inmediato. Ha contado con un grado de confianza y de seguridad del que ningún jefe de un régimen de la índole del cubano gozará, ni por tanto tiempo. Incluso durante sus tumultuosas relaciones con la Unión Soviética; pues, según Latell, si Raúl Castro integró el PSP (Partido Socialista Popular, antiguo Partido Comunista) en los años previos a la Revolución, fue por orden de Fidel Castro, quien quería contar con el apoyo soviético, pero sin verse acusado de simpatías comunistas que le hubiesen restado apoyo en sus propias filas. (Moscú pensaba contar así con su hombre en La Habana, cuando lo que realmente sucedía es que Fidel Castro contaba con su hombre en Moscú).

Y, ahora, Raúl ha subido a las gradas como personaje principal de la escena, pero invisible, pues su presencia está supeditada al carácter provisional de la delegación de poderes que se le ha conferido. Si el actor principal se recobra, por poco que sea, es indudable que volverá a ocupar su puesto habitual, aunque sea como esos ancianos muy disminuidos, a los que se les coloca en un sillón del salón los días de festejos familiares.

Si Raúl Castro logra asumir públicamente un poder que, de hecho, parece haber ejercido hasta ahora detrás del trono, cambiará el estilo, pero no la naturaleza del régimen. Sin embargo, ese cambio de estilo, aunque no de contenido, representa en sí un cambio radical, pues clausura la época de la fábrica de ilusiones y la del afecto incautado. Las imágenes quedarán huérfanas, pues ya no contarán con el médium que les daba vida. Ya nadie será rehén de una ficción, y la subjetividad de los cubanos (y de muchos otros en el mundo), quedará libre y recobrará el raciocinio del pensamiento político que permite pensar la democracia.

Desprovisto del mesianismo carismático de Fidel Castro y de su omnipresente imagen tutelar que, de alguna forma, representa el ideal de la identidad viril cubana, desprovisto también del afecto real de amor y de odio (o de amor-odio) que despierta la persona de Fidel Castro, el talante poco carismático de la personalidad de Raúl Castro dejará al desnudo la verdadera naturaleza del régimen: una dictadura de corte estalinista, o como las otras que se han conocido en el resto de América Latina, sin ningún atractivo, similar a las que imperaron en los diferentes satélites que conformaban la URSS.

Tal vez, entonces, la oposición pacífica del interior deje de ser minoritaria, y los cubanos que viven en la Isla se sumen masivamente a ejercer una oposición activa que prefigure la futura democracia cubana, tal como se viera en los países

del Este y en otros del continente. Los cubanos se sumarían así al verdadero y gran debate que atañe a toda la América Latina: la naturaleza de la democracia que queremos y necesitamos.

En cuanto al mayor tabú que atañe a Cuba, el de sus relaciones con Estados Unidos, me inclino a citar el luminoso ensayo de Jesús Díaz «La responsabilidad de David», en el que él expresa de manera diáfana, sin tergiversaciones, cómo Cuba debe encarar esas relaciones tomando ella la iniciativa, actuando de manera activa y decidida:

«Cuba sólo tiene que temerse a sí misma. A nuestra propia incapacidad para entendernos entre cubanos, en paz y en aras de un proyecto común. Estoy convencido de que ese proclamado miedo pánico con respecto a Estados Unidos no es más que una máscara del miedo a asumir nuestra propia libertad, nuestra propia responsabilidad como nación todavía inacabada. (...) Dicho en otras palabras, condicionar el establecimiento de la democracia en Cuba al levantamiento del embargo por parte de Washington es no sólo una prueba de totalitarismo y de miedo a la voluntad popular cubana sino también una vergonzosa manifestación de espíritu anexionista». (*Encuentro de la Cultura Cubana*; n.º. 15, invierno de 1999/2000, pp. 8-9).

URL: [http://www.cubaencuentro.com/es/encuentro\\_en\\_la\\_red/cuba/cuba-hacia-donde-y-como/castrismo\\_imagen\\_y\\_puesta\\_en\\_escena](http://www.cubaencuentro.com/es/encuentro_en_la_red/cuba/cuba-hacia-donde-y-como/castrismo_imagen_y_puesta_en_escena)



Accidente.  
Impresión fotográfica digital sobre papel, 60 x 72 pulg., 2001.